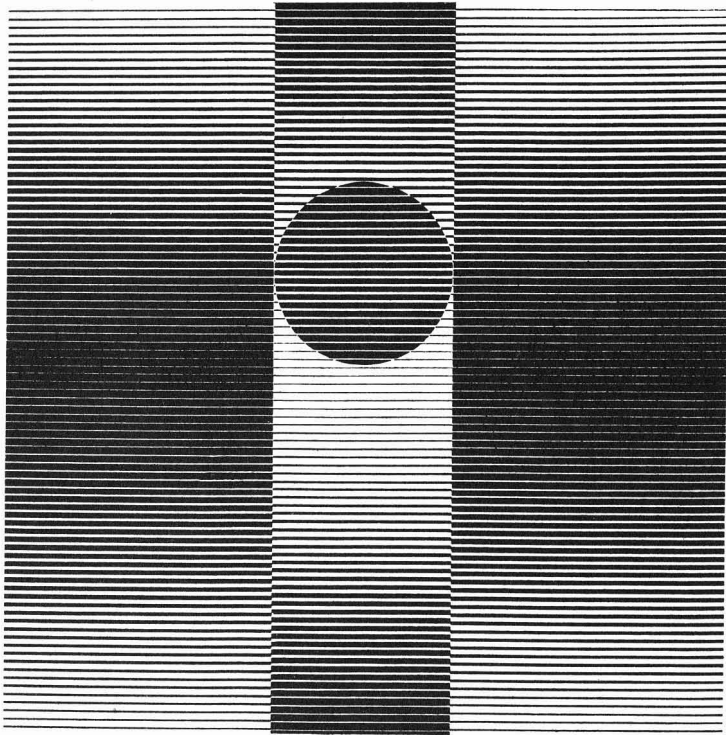


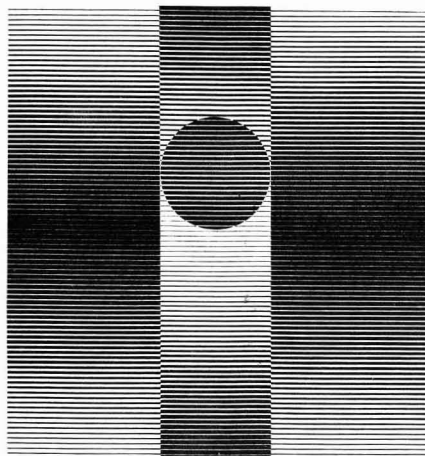
ALFREDO  
CARDONA PEÑA

# EL GUIJARRO Y LA ESTRELLA



Estoy pensando seriamente  
en el viejo capataz, haragán y dormido.  
Durante muchos años ha trabajado,  
pero pronto trabajarán para él las invasiones:  
lo cubrirá la maleza,  
vivirá tranquilo en una gruta  
con instalaciones de mármol.  
Será hermano de la ceniza,  
huésped de la niebla.  
Viajará con el viento,  
caerá sobre los bosques,  
en la transparencia de los ríos  
o en la pastura de las dulces ovejas.  
Pero esto tal vez no lo permitirá la Recibidora,  
la Depositaria,  
la que rompe vestidos, quiebra nombres,  
permite que los cardos y las hormigas  
se enreden en la garganta de sus hijos.  
Yo saldré de puntillas apagando la vela,  
pero antes  
dejaré sobre una de sus lágrimas  
la huella de mi sentimiento,  
un dibujo amoroso, algo así.  
Después de todo ha sido fiel.  
Ahora que está dormido puedo hablar sin temor.  
Cuando duerme yo velo,  
y él se mueve entre gemidos indecibles.  
¿En qué estará soñando?  
¿Me soñará, o acaso yo lo sueño?  
¿Nos soñamos los dos?  
Cuando despierte, yo me haré un ovillo,  
como siempre.  
¡Y no me escuchará! ¿Es que ha escuchado  
alguna vez las vibraciones que le envió,  
la aguja finísima con que rasgo su corazón  
a fin de oír sus cantos?  
¡Ah! Recuerdo que una mañana  
se levantó muy contento y me hizo un poema,  
un poema con jazmines inclinados,  
con duraznos y tréboles y acantos,  
diciendo que yo era la reverberación  
de lo invisible,  
una reina en su espejo sin imagen,





la patria del arcángel,  
el perfumado sueño de las niñas  
y el perfecto no estar de las edades;  
cosas así, blanduzcas y rosadas,  
que me hicieron reír.  
Mas si hubiera sabido que el poema  
no se hace con campanas,  
ni siquiera con plumas,  
si supiera que está hecho  
con símbolos terribles, lenguas mudas,  
relámpagos golpeados en las llamas,  
habría acaso hundido su voz en el abismo  
y me escuchara.  
*Ha amado todas las palabras devoradoras*<sup>1</sup>  
y no las estructuras del silencio,  
hecho de columnas altísimas,  
carro mío rodando en el aliento  
que soy cuando lo inspiro.  
¿Quién es este que contemplo  
derramado en sí mismo como una fuente,  
con trompetas y adornos relumbrantes,  
quebradizo como el llanto,  
marchando hacia el olvido  
con toda la abundancia de su efímera gloria?  
Es mi casa, mi techo apasionado,  
la silla y el guisante que me dieron.  
¡Helo aquí! Ya gimiendo se despierta,  
ya surge de lo hondo a la vigilia  
como un viejo navío arriba a un puerto,  
ya se quita con torpes movimientos  
las conchas adhesivas de los sueños,  
ya recorren sus ojos lo concreto,  
ya temblando me dice:

*La artesa de mi culpa he pisado yo solo.  
la he macerado con mi cólera,  
la he quebrado con mi furia,  
y la sangre de mi cuerpo ha brotado a chorros  
salpicando mis días*<sup>2</sup>  
porque el instante de mi muerte ha llegado  
a mi corazón.  
Estoy asombrado de que esto suceda,  
y de que, siendo tú tan poderosa,

no me sostengas;  
de manera que con mi brazo me he suministrado  
salvación,  
y sólo mi trabajo es lo que me ha certificado.  
Desde el fondo de mi nada te digo  
que sin mí nada eres,  
oh preciosa siempreviva, mariposa de agua,  
novia ciega,  
caja en donde el sufrimiento  
ha depositado su limosna.  
Te he escuchado mientras dormía,  
porque el sueño es el yacimiento del símbolo  
y el lenguaje del universo.  
*Yo era quien te hablaba cuando hablabas.*  
Muero en tus ramas llenas de diamantes  
como tú en mi pobreza, porque,  
así como muchos árboles hacen un solo bosque,  
somos unidades plurales. Dime entonces  
lo que quieras decirme.  
Mis detenidos péndulos te escuchan.

¡Ay de mí, que como una cantante traicionada  
iba a dejar la casa de mis besos!  
Contigo nací  
y contigo bajaré al reino secreto del silencio,  
allí donde la noche cubre con la majestad de sus alas  
el reposo de los amantes, las destrucciones necesarias.  
Ya no miran tus ojos,  
ya tu aliento no empaña los espejos,  
y yo desnuda y sola me contemplo.  
Desde ahora compartimos  
un reino indestructible.  
Mañana bajarás hasta las piedras.  
Te frotarán con un azogue oscuro.  
Un venado con hambre será el tiempo  
comiéndose la hierba de tu boca.  
Llegarán a quemarte los corpúsculos  
que conducen el fuego sumergido.  
Quedarás hecho zarza de ti mismo,  
sábana ardiendo, polvo de luceros,  
y yo, como una viuda de la India,  
me arrojaré al palacio de tus llamas.

1 Salmos

2 Isaías